

ámbito de los metales raros —se lamenta un veterano—. Casi cuatro mil empleos fueron eliminados en 2002» en Francia y en todo el mundo.⁴² En todos estos sectores de alta tecnología, los puestos de trabajo en juego eran oficios de alto valor añadido, que requerían competencias muy avanzadas. «Empleos verdes» que permitían crear una economía moderna y desarrollada»,⁴³ añade un sindicalista. Con ellos, es una destreza en ocasiones multicentenaria, con ramificaciones en los sectores del armamento, la electrónica, el automóvil y, por supuesto, las energías del futuro, lo que se ha desvanecido. A decir verdad, estos dramas humanos vienen a ennegrecer un cuadro ya de por sí bastante sombrío, el de los 900.000 empleos industriales condenados en Francia en los quince últimos años, o sea, una caída del 25 % de los efectivos. En el mismo período, el porcentaje del sector secundario en el PIB francés ha bajado cuatro puntos.⁴⁴

En Estados Unidos, en Europa, en Francia, la desindustrialización ha menoscabado el contrato social de la posguerra, provocado graves disturbios sociales y constituido la cartera de clientes de un montón de partidos populistas. Si Donald Trump consiguió acceder a la Casa Blanca fue porque pudo contar con los electores de los estados desindustrializados del *Rust Belt* («el cinturón del óxido»). En estos estados pivote, cuyo voto puede inclinar las elecciones a nivel nacional, el candidato republicano no dejó de denunciar las prácticas anti-competitivas chinas y las deslocalizaciones, subrayando la necesidad de proteger a Estados Unidos de la guerra a las fábricas llevada a cabo por Pekín. La estrategia le resultó rentable: Trump obtuvo el voto popular en la casi totalidad de dichos estados, borrando la cómoda ventaja, a nivel nacional, de que disponía Hillary Clinton.

Con o sin metales raros, la desindustrialización de los Estados occidentales habría dejado sentir sus perniciosos efectos. Sin embargo, el monopolio chino sobre estos recursos desti-

dados a sustituir a los combustibles fósiles, combinado con la temible estrategia de asimilación de las industrias verdes que dependen de ellos, ha amplificado esta crisis económica, social y política. Del mismo modo, el modelo europeo se ha mostrado «impotente para desarrollar una política capaz de preservar sus logros económicos, tecnológicos y sociales», juzga un experto francés, quien añade: «La supervivencia [...] de la democracia europea [...] podría ser el reto final de la emergencia, apenas iniciada, de la industria china». ⁴⁵

CUANDO DOS VISIONES DEL MUNDO SE OPONEN

Durante ese tiempo, su éxito permite a China promover un modelo de gobierno que valora la paciencia del largo plazo frente a las opciones a corto plazo, que en Occidente han aniquilado toda política industrial. Este «capitalismo autoritario [...] supone una incitación para los demás países autocráticos», plantea un analista indio: ⁴⁶ demuestra que puede crear un crecimiento sólido y al mismo tiempo garantizar la estabilidad política. Y ya tenemos acreditado el «consenso de Pekín»,⁴⁷ es decir, la idea de que el modelo de desarrollo chino puede servir de referencia para otros países emergentes. Dicho consenso viene a retar a otro, el de Washington, en boga desde el fin de la Guerra Fría, y en virtud del cual crecimiento económico y progreso democrático se hallan necesariamente correlacionados. De ahí que nos parezca pertinente afirmar que la guerra de los metales raros —y de los empleos verdes— revela el nuevo conflicto ideológico de nuestros días: el que opone a China y Occidente a través de sus respectivos principios de organización política.

«¡El choque entre civilizaciones traduce una manera muy occidental de ver las cosas!» Zhao Tingyang es un filósofo

que se ha hecho célebre en China al popularizar el *tianxia*,⁴⁸ un concepto inspirado en las enseñanzas de Confucio y que preconiza la armonía en las relaciones internacionales. Aceptó comentar con nosotros las futuras relaciones que mantendrán Occidente y China. Según él, la fuerza centrífuga de la globalización «nos empuja a ser cada vez más interdependientes. Lo cual convertirá los conflictos, ya sean militares o económicos, en una opción irrazonable para todos». En este mundo pacificado, predice el filósofo, reinará el *tianxia*: un nuevo espacio de poder suscitado por la globalización de los medios de comunicación y de transporte, que federará a una élite dirigente cosmopolita y compartirá los valores occidentales y chinos. «Estoy convencido de que este sistema creará interacciones pacíficas, una mejor comprensión entre los pueblos.»

Una eminencia china en el campo de los metales raros, con quien conversamos sentados a una gran mesa cubierta de deliciosos manjares, no dice lo contrario. «El mundo que nos viene es más abierto y cooperativo»,⁴⁹ afirma mientras manipula los palillos. Como corolario de esta proclamación de buenos sentimientos, hoy China no cesa de aplicar su serena «diplomacia del panda», que consiste en obsequiar especímenes de estos plantígrados gigantes a los países con los que desea entablar relaciones diplomáticas. De hecho, hay que ser de piedra para no enamorarse de este mamífero emblemático de China, al que vemos en los vídeos *online* comiendo ramas de bambú o dando volteretas. A través del panda, China intenta transmitir, cueste lo que cueste, la idea de una emergencia pacífica.

Nos sentiríamos tentados de creer en ello, de soñar con un mundo en paz y culturalmente mestizado. Sin embargo, hay un detalle que desentona: al adquirir, en las propias barbas de Estados Unidos, una estratégica sociedad de tierras raras situada en Indiana, China ha descornado el velo sobre su impresionante programa militar.

LA CARRERA DE LOS MISILES INTELIGENTES

Hollywood se muestra apasionado por las tierras raras. Estos recursos que se han vuelto tan indispensables como el petróleo constituyen, junto con la amenaza china y la resiliencia de las industrias de alta tecnología, los ingredientes del *thriller* perfecto. Esto no ha pasado por alto a los guionistas de la célebre serie televisiva *House of Cards*, cuyo personaje principal, el político estadounidense Frank Underwood, se muestra dispuesto a todo para ascender los peldaños del poder. Una de las intrigas de la segunda temporada, emitida en 2014, gira en torno a los metales raros, y el guion presenta ciertas similitudes con la realidad.

En uno de los episodios, China, que controla el 95 % de la producción mundial de un metal muy raro, el samario-149, indispensable para el funcionamiento de los reactores nucleares,¹ juega con dicho monopolio para vender muy caro este recurso a los estadounidenses, lo que permite augurar la explosión del coste de la electricidad para el contribuyente... y una crisis política en Washington. A propuesta de Frank Underwood, Estados Unidos accede a esquivar el monopolio chino comprando el samario a un tercero. De ese modo, conjetura Underwood, «los chinos se verían obligados [...] a bajar [los precios] para seguir tratando directamente con nosotros.

Acumularíamos reservas de samario para nuestras necesidades defensivas [...] y venderíamos discretamente el excedente a nuestros aliados».

Acumular reservas de metales raros para satisfacer las necesidades militares de Estados Unidos: los estrategas del Pentágono ya han reflexionado largo y tendido sobre ello. Estos minerales metalíferos son, en efecto, indispensables para el arsenal bélico estadounidense: se encuentran en los carros de combate, los destructores, los radares, las bombas inteligentes, las minas antipersona, los equipos de visión nocturna, los sonares e incluso los nuevos cañones láser que la Armada estadounidense ha probado ya en el golfo Pérsico.²

Sobre todo, estos recursos van a revelarse cada vez más estratégicos en los conflictos desmaterializados que se anuncian. En el siglo XXI los frentes se multiplican: los beligerantes no solo se enfrentan en tierra firme, sino en el aire, en el espacio, en el ciberespacio y por medios de comunicación interpuestos. Se intenta aniquilar las redes de comunicación del enemigo, controlar las imágenes, reescribir la historia, manipular las opiniones... En una palabra, se abandona el combate en tierra firme por las altas esferas de la guerra electrónica, mediática, virtual.³ Para ello se requieren servidores, drones, aviones radar, constelaciones de satélites, lanzaderas espaciales... y metales raros. Dicho de otro modo, cuanto mayor altura tomamos respecto del campo de batalla, a mayor profundidad debemos excavar.

En términos de volúmenes físicos, las necesidades de los ejércitos en materia de metales raros son muy bajas. Según un experto, la industria militar estadounidense importaría, en total, 200 toneladas de imanes al año, es decir, el 0,25 % de la producción mundial.⁴ En el caso de ciertas tierras raras, un analista londinense calcula que las necesidades de la defensa estadounidense para los tres próximos años cabrían en

una simple mochila.⁵ Y, sin embargo, la primera potencia militar mundial, que, según decisión del presidente Trump, acaparó 603 millones de dólares del presupuesto de Estados Unidos en 2018, quedaría desfasada si esos pocos fardos de metales raros no llegaran a sus fábricas de armamento.

CHAMPÚ, ESQUITADORAS PARA PERROS Y MISILES DE ALTA PRECISIÓN

Para sus abastecimientos, el Pentágono se ha apoyado durante varias décadas en ciertos fabricantes de imanes establecidos en Estados Unidos. Uno de los más críticos y estratégicos era Magnequench. Según afirman los expertos, Magnequench incluso fabricaba los mejores imanes de tierras raras del mundo: sus fábricas constituían un emporio en la cadena de producción de los tanques Abrams y las bombas inteligentes JDAM de la constructora Boeing, utilizadas durante las guerras de Afganistán e Irak.

El ineludible proveedor del ejército prosperaba en Valparaiso. Es un villorrio, carente del menor encanto, que cuenta con 32.000 habitantes y está situado en Indiana, a dos horas en coche de Chicago. Terry Luna, exempleada de Magnequench, accedió a acompañarnos hasta la zona fabril. Los edificios, aunque un tanto oxidados, siguen en pie, inalterables en el calor húmedo del verano. En cambio, la actividad que albergaban ha cambiado. «Cuando empecé a trabajar en Magnequench, estaba en recepción —recuerda esta dama regordeta de voz nasal—. Ahora, ya ven ese letrero: “Coco Cabana Canin”. Es una guardería para perros.»

La encargada del lugar, una joven rubia vestida con camiseta y vaqueros ceñidos, nos brinda una acogida muy cordial. Atravesamos un vestíbulo ahora dedicado a la organización de fiestas de cumpleaños para perritos, y después una tienda

de champús y esquiladoras para perros, *made in China*, como es de rigor. La visita prosigue hasta el almacén central. «Ahí guardábamos imanes para bombas, misiles teleguiados y un montón de armas de guerra —recuerda Terry, que apenas puede contener las lágrimas—. ¡Y lo han vendido todo! ¡Se acabó, ahora es para los perros!» En 2006, en efecto, Magnaquench cerró su fábrica estratégica de Valparaíso para volver a abrirla en la ciudad de... Tianjin, a 130 kilómetros al sudeste de Pekín.⁶ «Los chinos llegaron incluso a descubrir nuestros secretos industriales y se largaron con ellos», añade Terry. Doscientos veinticinco asalariados fueron despedidos, trágica instantánea de un país en que los obreros más cualificados renuncian a las herramientas de producción en favor de los animales de compañía.

El destino de Magnaquench ilustra las nuevas ambiciones militares que alberga Pekín al tiempo que afirma su estatus de potencia industrial. El ejército chino se ha izado al segundo puesto mundial, por detrás de Estados Unidos, en términos de presupuesto anual: se prevé que gaste 233 millardos de dólares en 2020, en comparación con los 123 de 2010. El objetivo es arrebatarse a Estados Unidos el primer puesto para 2049, fecha en que el Partido Comunista chino celebrará el centenario de la Revolución.

A partir de la década de 1980 el ejército chino conoció una triple mutación: de entrada, doctrinal, porque Deng Xiaoping abandonó el dogma de la «guerra popular», que consistía en librar batalla en el corazón del territorio chino, para decantarse por el de «guerra popular en condiciones modernas»: en adelante, las fuerzas armadas eran susceptibles de intervenir tanto en las fronteras del país como en el extranjero. En segundo lugar, organizativa: se abandonaba el poder del número en favor de un ejército profesional de efectivos más reducidos. Y por último, tecnológica, porque la primera Guerra del Gol-